



Soy:

Soy **loqueleg**

loqueleg

Los gatos (y gatitos) del señor Petersand

Título original: *Mr. Petersand's cats and kittens*

© Del texto y las ilustraciones: Louis Slobodkin, 1958

© De la traducción: Virginia López-Ballesteros, 2019

2020, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +571 705 7777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

Publicado originalmente por The Vanguard Press, U.S.A.

ISBN: 978-958-5444-60-7

Impreso en Colombia por Nomos Impresores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los gatos (y gatitos) del señor Petersand

Louis Slobodkin



Los gatos (y gatitos)

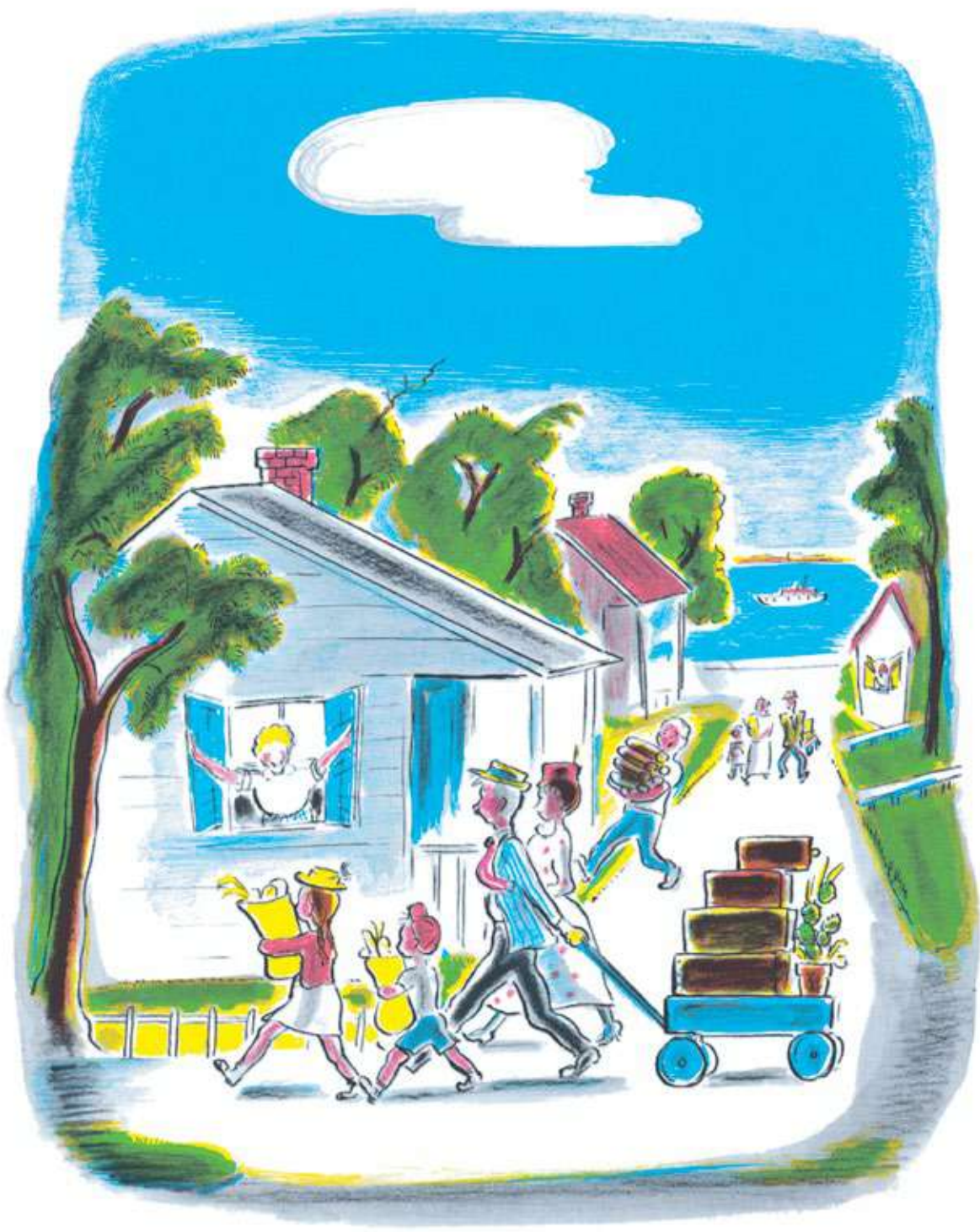


del señor Petersand

Louis Slobodkin

Traducción de Virginia López-Ballesteros

loqueleg





Todos los años, la gente de la ciudad que volvía en verano a Isla Luciérnaga, hacía siempre el primer día las mismas cosas. Le quitaban el cerrojo a las puertas, abrían las ventanas de par en par, llenaban de comida la nevera, llenaban de leña la leñera, luego se sentaban en la sala y suspiraban.

“Ah... ¡Qué bueno estar aquí de nuevo!” solían decir mirando a su alrededor. “Sí, de veras... qué bueno... qué bueno estar de regreso... todo está exactamente igual... no falta nada de nada... excepto... hmm... excepto... ¡Dios mío, la chimenea! ¡Ahí sí que falta algo...!”

Y después de pensar un rato, de pronto caían en cuenta de que a su chimenea le faltaba...

“¡UN GATO!” exclamaban todos al unísono. “¡No tenemos ningún gato... ni tan siquiera un gatito!... ¡No es posible tener una chimenea o una casa sin gato o gatito alguno! ¡Debemos conseguir un gato o un gatito ya mismo para que nuestra casa sea una casa de verdad!”

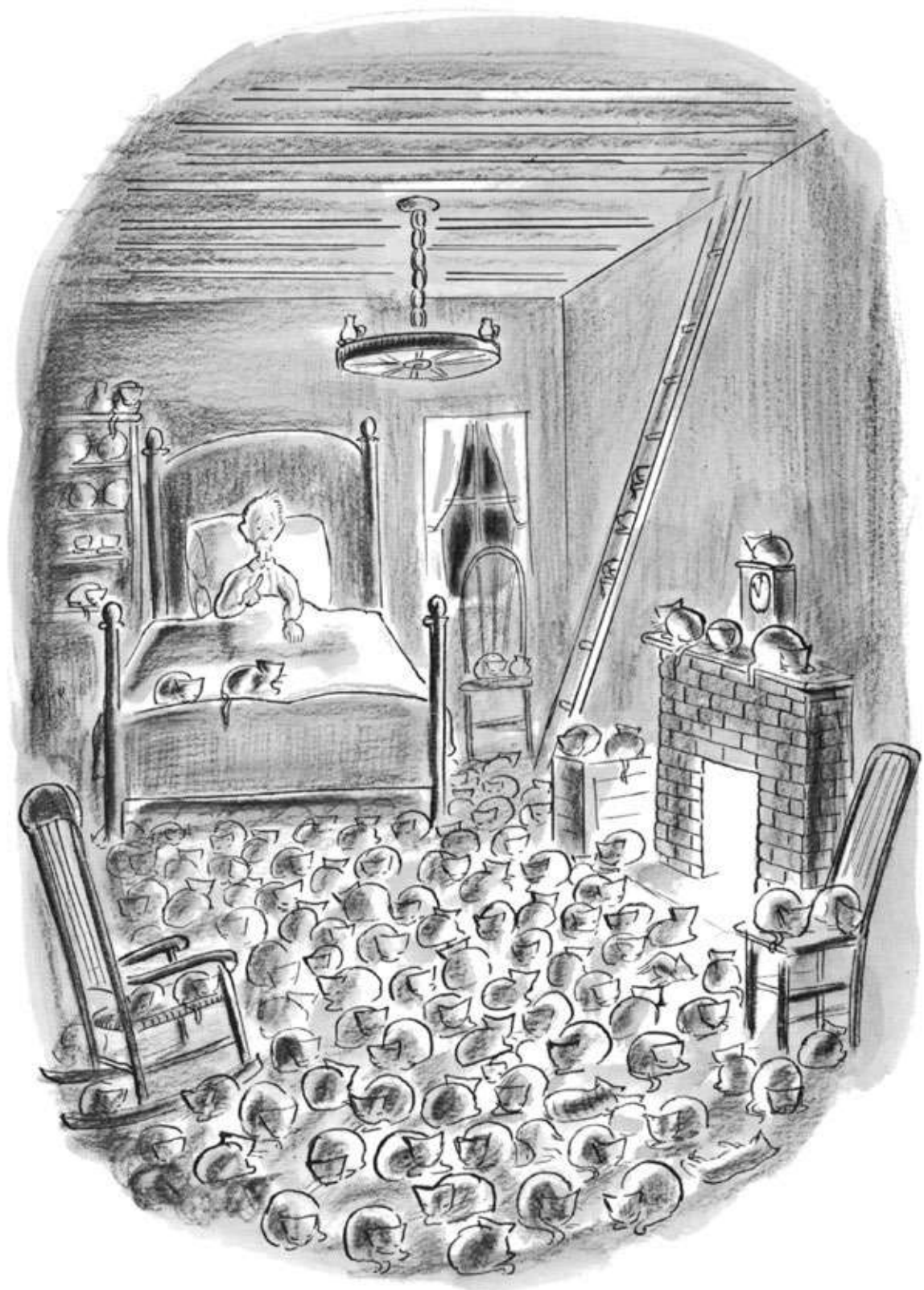
Entonces salían corriendo en busca de un gato callejero, o al menos de un gatito, que pudieran adoptar para tener una casa digna de ese nombre. Todo el mundo salía en su búsqueda, excepto las personas más sensatas que se traían de la ciudad sus propios gatos o perros, y que se quedaban sentadas en el porche delantero de su casa, mirando con una sonrisa de superioridad a los que salían en busca de un gato o un gatito.

Había un tal señor Petersand que era pescador y vivía en la isla todo el año. Y aunque era una de las dos únicas personas que vivían, sin su familia, en Isla Luciérnaga todo el año (la otra persona era el hombre que se ocupaba del Faro en el extremo más lejano de la isla), el señor Petersand nunca estaba solo porque tenía varios gatos para hacerle compañía. Y no tenía solo dos, tres... o cuatro... ¡El señor Petersand tenía un montón de gatos! ¡Una casa entera llena de gatos!

Nadie sabía cuantos gatos tenía el señor Petersand, él tampoco. Durante las noches de frío, cuando las llamas resplandecían en la chimenea del señor Petersand, sus gatos se acurrucaban en las sillas, las repisas, las almohadas, y en cualquier otro lugar adecuado para el descanso de un gato. Había gatos durmiendo acurrucados por todo el piso, que parecía cubierto por una alfombra suave, peluda, multicolor ¡y roncadora!

El señor Petersand se sentaba a menudo en la cama e intentaba contar todos los gatos que tenía mientras dormían, pero solía quedarse él mismo dormido mientras contaba.

Cuando hacía buen tiempo, la puerta de su casa siempre estaba abierta y los gatos entraban y salían a sus anchas cuando querían, por las puertecitas giratorias que el señor Petersand había recortado en las paredes de su casa, con la medida justa para que pasara un gato.





Cuando hacía mal tiempo, los gatos deambulaban por dentro de la casa (raras veces por fuera).

Cerca de la chimenea había siempre un gran recipiente lleno de leche templada, y otro que el señor Petersand llenaba con las cabezas de los peces que pescaba durante el invierno. Durante los meses de más calor, el señor Petersand no iba a pescar. Así que durante el verano, les servía hígado picado (y bien sabroso, porque lo sazonaba con un poco de caldo de pollo).

No, nadie sabía cuántos gatos tenía el señor Petersand, pero todo el mundo sabía que tenía gatos. Así que cuando la gente que quería un





gato para tener una casa de verdad veía un gato o un gatito que le gustaba paseando por algún rincón de Isla Luciérnaga, decía: “¡Oh, mira qué gato tan lindo! Cojámoslo. Estoy seguro de que al señor Petersand no le molestará”.

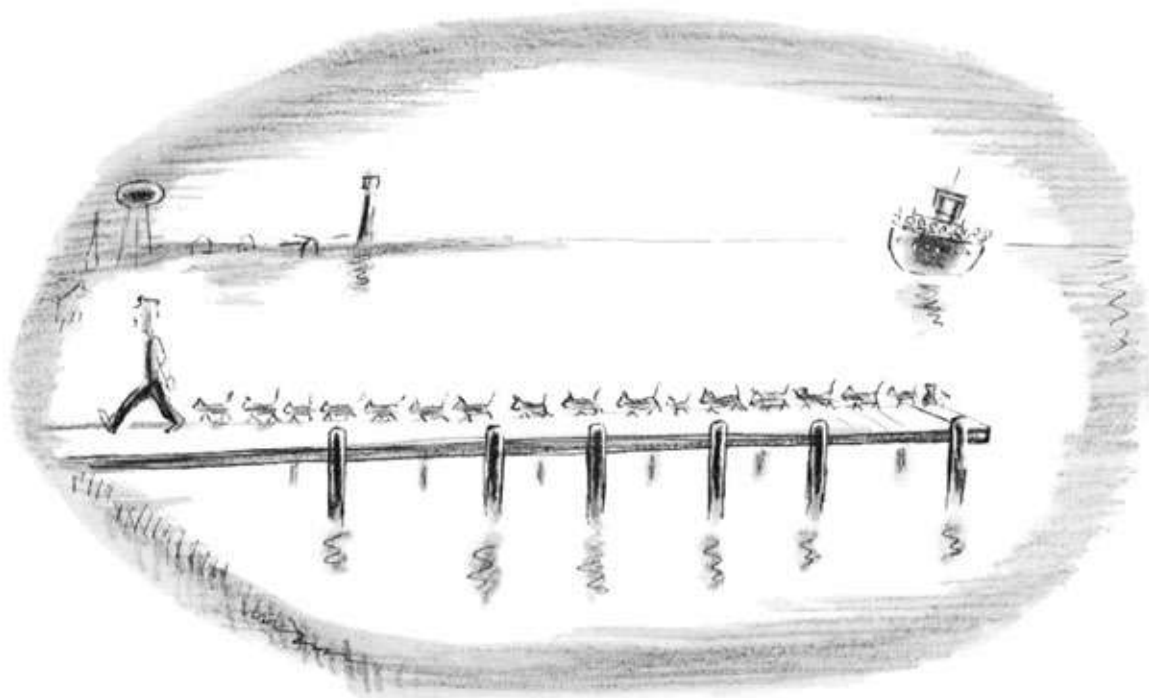
Y al señor Petersand no le molestaba. Sabía que la gente que venía a veranear a Isla Luciérnaga cuidaba muy bien de sus gatos y gatitos. Y que cuando los veraneantes volvían a la ciudad, todos los gatos y gatitos volvían con él.

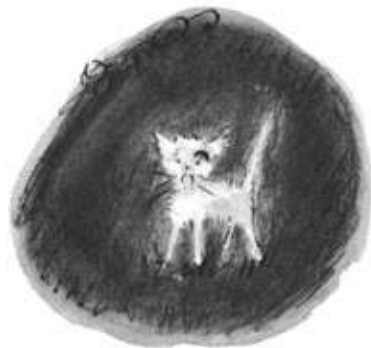


Claro que también sabía que los consentían y malcriaban en exceso, y que los gatos engordaban demasiado de tomar tanta nata y tantos filetes de carne.

Al final del verano, el señor Petersand bajaba siempre al embarcadero para observar a los veraneantes, cargados con sus maletas y demás cachivaches, apretujándose en el último barco que salía de Isla Luciérnaga. Sus gatos se reunían allí con él y, mientras estaban todos en el embarcadero, el señor Petersand les decía adiós con la mano y los gatos les decían adiós con la cola. Algunos de los veraneantes les devolvían el saludo desde el barco.

Después, el señor Petersand y sus gatos regresaban a su casa, en una fila india muy, muy larga.





Así ocurría año tras año, verano tras verano. Los veraneantes llegaban y se marchaban. Los gatitos se convertían en gatos y nacían más gatitos... Y eso pasó año tras año, verano tras verano, hasta esa oscura noche de finales de agosto, en que el señor Petersand se lastimó un dedo del pie.

Aquella noche, el Señor Petersand oyó el maullido aterrador de un gatito perdido en la oscuridad. Se puso un overol encima de la pijama y salió, descalzo. Se le olvidó coger la linterna. Se alejó un poco de la casa, llamándolo con una voz dulce, “Ven, gatito, ven aquí, gatito”, y enseguida el gatito lo oyó y fue hacia él.

A pesar de la escasa luz, el Señor Petersand la reconoció.

Era la gatita a la que llamaba Ojonegro porque, aunque fuera de un blanco deslumbrante (cuando su mamá la lavaba), tenía un parche de pelo negro alrededor de uno de sus brillantes ojos verdes.

El señor Petersand no solía ponerle nombre a sus gatos. Solo les llamaba Moreno, Blanco, Pardo... y a veces “¡Oye, tú!” Pero de vez en cuando había un gato especial al que ponía un nombre, y esta gatita era una de las especiales. No dejaría a ningún veraneante adoptar a Ojonegro.

La agarró con cuidado, le acarició la cabeza un rato y se volteó para regresar a casa. ¡Y ahí fue cuando ocurrió!



¡El señor Petersand se golpeó el dedo gordo del pie izquierdo contra un objeto de hierro! (Más tarde descubriría que era una bicicleta que alguien dejó tirada en medio del camino). Le dolió tanto el golpe que casi se le cae la gata. Cojeó dolorosamente hasta su casa, le dio a la gatita un poco de leche caliente, y la puso a dormir junto a los tres gatitos y los cinco gatos viejos (que nadie quería) y que vivían con él en ese momento. Después se miró el dedo gordo que tanto le dolía. Estaba bastante rojo e hinchado. Lo untó con una pomada y se fue a dormir.

Al día siguiente, el dedo le dolía todavía más. Le pidió al hijo de un vecino que pasaba por ahí que llamara al médico del pueblo. El chico corrió hasta la casa del médico y cuando este oyó que se trataba del señor Petersand, se montó en su bicicleta y pedaleó lo más rápido que pudo hasta su casa. Sabía que si el señor Petersand pedía un médico debía ocurrirle algo grave, porque el señor Petersand se alimentaba bien, cuidaba su salud, y casi nunca necesitaba asistencia médica.

Cuando el joven doctor llegó y vio el dedo lastimado, le dijo: “Sí, es lo que me imaginé, señor Petersand. Lo que tiene es bastante grave. Me temo, aunque no estoy seguro del todo, que se ha roto el dedo del pie. No puedo asegurárselo porque está tan hinchado que... pero me temo que sí, que lo tiene roto.”

Y ante la mirada de los cinco gatos viejos y los cuatros gatos chiquitos que vivían con el señor Petersand, el joven doctor le puso una venda en el dedo lastimado. El señor Petersand era muy valiente y no gritó ni una sola vez.

—Bueno, señor Petersand —dijo el médico muy seriamente— Le aconsejo que coja cuanto antes el próximo barco y se vaya enseguida a un hospital. Tienen que hacerle una radiografía al dedo para ver si está roto. Aquí no tengo máquina de rayos X, así que si está roto, y me temo mucho que lo está, tendrá que quedarse en el hospital hasta que esté curado. En mi consulta apenas tengo instrumentos quirúrgicos.

El señor Petersand, que era un hombre de pocas palabras, asintió con la cabeza. Después dijo:

—¿Pero qué va a ser de mis gatos?

—Ahora no es momento de pensar en los gatos —contestó bruscamente el joven doctor— Tiene que ir al hospital. Ya me ocuparé de que alguien cuide de sus gatos.



—Asegúrese de que les den de comer solo una vez al día —dijo el señor Petersand.

—Así lo haré —dijo el doctor.

Y ayudó al señor Petersand a vestirse y a instalarse en un carrito, y lo jaló hasta el embarcadero justo a tiempo para que el señor Petersand cogiera el barco de la tarde.

Algunos de los gatos del señor Petersand que estaban viviendo en casa de los veraneantes se asomaron por las ventanas, las puertas y las rejas cuando el carrito pasó por delante. El señor Petersand los saludó a todos durante el trayecto.



Los nueve gatos que vivían en la casa del señor Petersand (los cinco viejos que nadie quería, Ojonegro y los otros tres gatitos) siguieron al carrito hasta el embarcadero, moviendo su cola lenta y tristemente, mientras observaban cómo el barco se llevaba al señor Petersand al hospital.

El señor Petersand saludó con su sombrero, y cuando el barco empezó a alejarse del embarcadero gritó:

—¡No se olvide de darle de comer a los gatos!

El joven doctor ahuecó sus manos y gritó:

—¡No se preocupe!... ¡No se me olvidará!





Y al joven doctor no se le olvidó darle de comer a los gatos, hasta que recibió un telegrama que hizo que se le olvidara casi todo. En ese telegrama se le ordenaba ir a prestar sus servicios como médico en el Ejército de los Estados Unidos... ¡inmediatamente! El Gobierno de los Estados Unidos enviaría a otro médico, uno nuevo, para sustituir al antiguo, porque alguno tenía que atender a los habitantes de Isla Luciérnaga.

Al día siguiente, el joven doctor tomó el barco de la mañana, y el nuevo médico llegaría en el barco de la tarde.

El joven doctor tuvo que apurarse muchísimo para empacar todas sus cosas, afanándose para dejar hecho todo lo que tenía pendiente antes de marcharse de la isla. Y se esforzó mucho para recordar todo lo que tenía que hacer sin olvidarse de nada. Pero hubo algo que se le olvidó (pero que tendríamos que perdonarle por tantas cosas que debía recordar en tan poco tiempo). ¡Se le olvidó buscar a alguien que diera de comer a Ojonegro y a los otros ocho gatos que se quedaron solos en la casa del señor Petersand!

Aquellas vacaciones terminaron de manera bastante repentina para todos. De pronto, el verano se fue y llegó el otoño. Y en la soleada Isla Luciérnaga se instaló un lúgubre y triste frío. Y los veraneantes recogieron sus cosas y se marcharon de la isla tan rápido como los barcos pudieron llevarlos. Se fueron con tanta prisa que parecía que en Isla Luciérnaga se había declarado un incendio en vez de haberse convertido en el lugar frío, lúgubre y gris que ahora era.

El torbellino que provocaron los veraneantes fue tal que los gatos del señor Petersand tuvieron que salir huyendo de aquel trajín de personas apresuradas corriendo con cajas y baúles.

Aquellos gatitos que se quedaron dormidos en algún suéter se vieron de pronto empacados en un baúl, aunque se salvaron del asfixiante viaje hacia la ciudad gracias a que se despertaron a tiempo y maullaron muy fuerte.





La mayoría de los gatos y gatitos se escondieron en rincones apartados, se subieron a los tejados o se agarraron desesperadamente a las ramas o los troncos de los árboles que bordean las calles de Isla Luciérnaga. Y cuando la situación se calmó, y los últimos veraneantes terminaron de cargar sus paquetes y baúles en los vagones que para ese fin se utilizaban en Isla Luciérnaga, los gatos y los gatitos bajaron de las alturas y les siguieron a cierta distancia hasta el embarcadero.

Cuando el último barco cargado de veraneantes zarpó de la Isla, todos los gatos y gatitos del señor Petersand se juntaron en el embarcadero. Los veraneantes estaban tan ocupados con las maletas y los niños, hablando entre ellos y comentando lo que se dejaron olvidado cuando cerraron la casa, que ninguno miró atrás para despedirse de los gatos.

De todas maneras, era el final del verano y anocheecía pronto. Aunque hubiesen mirado atrás, no habrían podido ver que los gatos estaban

allí. El sol se estaba poniendo, y en la oscuridad las ondulantes colas gatunas se parecían a los ondulantes juncos de las playas de Isla Luciérnaga.

Si el señor Petersand hubiese estado allí para despedirlos, los veraneantes le habrían devuelto el saludo, pero él no había regresado aún a Isla Luciérnaga, así que probablemente no vieron las desoladas colas ondulantes de los gatos que dejaban atrás.





La herida el dedo del señor Petersand era mucho más grave de lo que el joven doctor imaginó. ¡Lo tenía roto por dos sitios! Así que debía permanecer en el hospital mucho más tiempo de lo que hubiese querido.

De vez en cuando, el señor Petersand se levantaba por la mañana y empezaba a vestirse solo. Cuando la enfermera llegaba a la habitación, le decía: “Pero qué hace, señor Petersand, ¿a dónde cree usted que va?”

—Voy por los gatos— decía el señor Petersand (que, como ya sabemos, era un hombre de pocas palabras).

—Hoy no, señor Petersand— decía la enfermera—Ese dedo todavía no está curado.

A medida que se iba acabando el verano, el señor Petersand se iba preocupando cada vez más por sus gatos. Terminó por escribir una carta (de pocas palabras) dirigida al “Médico del Pueblo, Isla Luciérnaga, Nueva York”. La carta decía:

Hospital público
30 de agosto de 1954

Querido médico
estoy preocupado por los gatos.
no se olvide de ellos.

Sinceramente suyo
Sr. Petersand

Cuando llegó la carta, el nuevo médico del pueblo estaba muy ocupado. Había un brote de rubeola en Isla Luciérnaga y, además, muchos niños tenían sarpullido en la piel por haber estado cogiendo ciruelas en zonas donde había hiedra venenosa.

Y como el sarpullido de la rubeola se parece mucho al de la hiedra venenosa, el nuevo doctor no sabía muy bien qué niños tenían rubeola y cuales erupción por hiedra venenosa. Cuando leyó la carta del señor Petersand, el nuevo doctor, que nunca había visto al señor Petersand (puesto que este ya se había ido de Isla Luciérnaga cuando él llegó) se dijo : “¿Quién



será este señor Petersand?... Hmm... ¡Envía la carta desde el hospital!... ¿Qué es eso de los gatos? Creo que este pobre hombre debe tener fiebre... No debería uno preocuparse por nada estando con fiebre...”

Así que el nuevo médico escribió una nota al señor Petersand y la mandó al hospital. La tarjeta decía solamente:

“Querido Señor Petersand,
¡No se preocupe! ...”

Y el joven médico la firmó, agarró su maletín negro, se montó en su bicicleta y echó la carta en la oficina de Correos justo antes de salir corriendo a atender un nuevo caso de rubeola (¿o de sarpullido por hiedra venenosa?).

El señor Petersand se tranquilizó al enterarse de que sus gatos estaban bien cuidados, así que dejó que en el hospital se tomaran el tiempo que quisieran con su pie. Pero, como todo el mundo sabe, los huesos rotos de las personas mayores no se curan tan fácilmente como los de las personas jóvenes, y como el señor Petersand era bastante mayor ¡no pudo irse del hospital hasta diciembre!



Tan pronto como salió del hospital, el señor Petersand cogió el primer barco para Isla Luciérnaga. Durante los meses de otoño e invierno, solo hay un barco cada dos días para el transporte de personas y mercancías a Isla Luciérnaga.

Aquella fría mañana de diciembre, el señor Petersand era el único pasajero del barco con destino a Isla Luciérnaga. Una niebla intensa cubría la isla cuando el barco se fue aproximando. El señor Petersand no era capaz de divisar ni un solo ser vivo. Y no fue hasta que el barco llegó al mismísimo embarcadero cuando el señor Petersand pudo apreciar señales de vida: una fina y desolada fila de gatos flacos. Eran los gatos más flacos, más solos y más tristes que se habían visto jamás. El señor Petersand subió al embarcadero, le dijo adiós al hombre que manejaba el barco, se encaminó hacia la triste fila de gatos y agachó la cabeza para mirarlos. Los gatos levantaron la cabeza y le devolvieron la mirada.

